

GUÁRDAME BAJO TIERRA

RAMON SAIZARBITORIA

Traducción de F. Eguia Careaga

Este libro fue galardonado en 2001 con los premios:
Euskadi de Literatura, 111 Akademia y Nacional de la Crítica

erein

biblioteca

RAMON SAIZARBITORIA

Índice

– 5 –

La guerra perdida del viejo gudari

– 69 –

La obsesión de Rossetti

– 257 –

La paternidad negada de Marcel Martin
(o, “la femme, elle, sait”)

– 311 –

Dos corazones en una tumba

– 437 –

El huerto de nuestros mayores

A Iñaki Arriola

Cuando salió a la calle Igntea, no estaba seguro de saber la diferencia entre un «acta notarial de presencia» y un «acta notarial de referencia». Se palpó el bolsillo derecho de la chaqueta para comprobar que llevaba todos los documentos necesarios para solicitar la pensión, y se detuvo junto al soportal de la Casa Consistorial, en el borde mismo de la acera. El sol debía de estar muy alto ya, porque la arenisca del Gobierno Militar, en otro tiempo pintada de blanco, lucía un tono dorado. Tras palparse de nuevo el bolsillo de la chaqueta, dobló a la izquierda, balanceándose al andar, ostensiblemente escorado a la derecha, sobre la pierna coja. Ello era debido a que la prótesis –un palo de madera con un tope de goma en el extremo– era corta, igual que la única muleta que usaba, también de madera, porque así le resultaba más fácil subir las escaleras –y eran cinco los pisos que tenía que subir para llegar a casa–, aunque, a la vez, le dificultaba el descenso; pero considerando los pros y los contras, había preferido recurrir a una prótesis y una muleta cortas, para aliviar así la subida.

Caminó por el paseo de la muralla, buscando un banco libre entre los que se asoman al puerto. Era temporada de anchoa, la ideal para pasar el rato en el muelle, aunque, a esa hora, todo el pescado solía estar ya descargado. Tuvo la precaución de detenerse antes de llegar al primer banco, dejando pasar a los escolares que bajaban de Urgull, temeroso de que fueran a empujarle. Se apoyó contra la barandilla observándoles. A medida que se le acercaban, los chavales, que venían en una fila informal, corriendo y saltando cuesta abajo, demoraban el paso y se detenían a su altura, mirándole también ellos, curiosos, la vista fija en la pata de palo que le sobresalía de la pernera del pantalón, y, tras intercambiarse algún cuchicheo y algún que otro codazo, reanudaban su carrera, muralla abajo.

Una joven, que debía de ser su maestra, le sonrió, como pidiéndole excusas, y, sacudiendo los brazos, apremió a los rezagados a que siguieran adelante sin más demora.

Después de tantos años, aún no se había acostumbrado a la curiosidad que suscitaba su pierna de madera. Y, aunque pueda parecer paradójico, por eso precisamente no se había decidido, como le aconsejaban sus amigos, por una pierna ortopédica. Prefería exhibir francamente su deficiencia y soportar alguna mirada impertinente a pasarse la vida temiendo hacer el gesto que delatase que la pierna era postiza.

Miró su Omega de muñeca, tras comprobar la hora en el reloj de la iglesia de San Pedro. Al despertarse por la mañana, se había encontrado con que las manecillas estaban paradas en las cuatro y media, y no se movieron cuando le dio cuerda. Era la primera vez que se le paraba en cuarenta años, y le pareció que aquel hecho no presagiaba nada bueno.

«Lo que obligatoriamente necesita es el acta notarial», le había dicho la señorita del Ayuntamiento, y luego especificó: «Pero un acta notarial de referencia». No le quedó claro, sin embargo, si tenía que presentarse nuevamente ante el notario acompañado, como la vez anterior, de Elías Elorza y José Eguía como testigos.

Se sentó en un banco y, nada más hacerlo, sacó los documentos del bolsillo. Los miró de nuevo, uno a uno, y luego, tras alisarlos con el canto de la mano, los depositó sobre el banco. El formulario de solicitud que daba cuenta de los documentos necesarios lo decía muy claro: «Acta notarial de referencia». Pero juraría que la vez anterior no le dijeron que tuviera que ser «de referencia», y tampoco el notario le advirtió de la existencia de distintos tipos de acta, cuando compareció ante él, en compañía de Elías Elorza y José Eguía, para cumplir el estúpido trámite de contarle cómo le voló la pierna por los aires; un trámite verdaderamente absurdo, pues de haber sido falsa su historia no la hubiera convertido en cierta el hecho de contarla ante notario. De lo que no había duda era de que le habían quitado quince mil pesetas por contar la historia, que, por cierto, no se les permitió narrar con el suficiente detalle, dado que, cada vez que alguno de los otros, Elías Elorza sobre todo, quería añadir alguna explicación, el notario le cortaba diciendo: «Al grano, al grano». También tuvo que pagar un pico por el certificado y, a ese paso, mucho se temía que, para conseguir la pensión de mutilado de guerra, iba a tener que gastarse con creces la otra, la que le correspondía como oficial tornero.

En un momento dado, el notario, visiblemente inquieto, miró el reloj y le dijo, seco: «Cuéntelo usted mismo»; y a los otros dos, a José Eguía y a Elías Elorza, les aclaró, en mal tono,